



Literatura

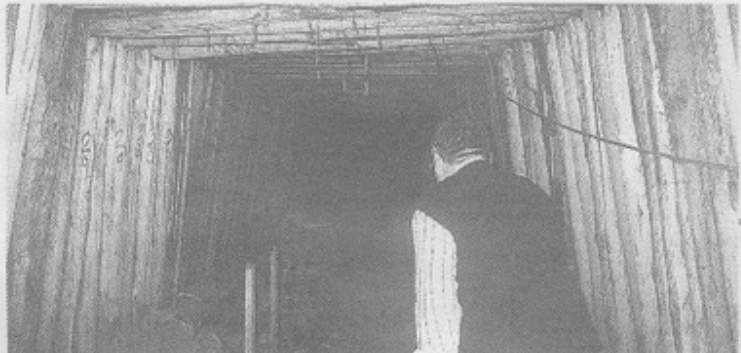
Literatura en las minas del carbón

Una sorpresiva invitación del escritor Enrique Lafourcade, en esos años ejecutivo de la empresa Zig-Zag, nos trasladó, a comienzos de 1966 a Lota, con la finalidad de divulgar cultura en foros, mesas redondas, donación de libros de autores chilenos, empresa que hemos recordado en estos días cuando Lota se ha convertido en un sitio de turismo internacional. ¡Enhorabuena! El resultado de esa lejana visita no pudo ser más grato. El teatro de Lota se llenó con más de mil muchachos de ambos sexos, bochiceros, que oyeron la palabra de Arturo Aldunate (1902-1985), en espera, probablemente, de que les describiera un viaje interplanetario o les revelara el material de que están hechos los platillos voladores. En seguida, en el casino de obreros de Lota, tuvimos una asistencia numerosa y atenta durante las dos mesas programadas para esclarecer, hasta donde nos fuera posible, asuntos literarios y estéticos. Las preguntas escritas llegaron a la mesa como una avalancha y no fue posible resolverlas todas, hecho sintomático de que nuestro púeblo retraído y silencioso, puede ser encauzado en la lectura, con todos los bienes y los males que la pasión literaria trae consigo. Un niño de no más de diez años llegó hasta la mesa con su urgente pregunta escrita y otro no más grande, le propuso a uno de los escritores establecer una recíproca y fiel correspondencia. En el grato transcurso de los foros saltaron a los labios los nombres de Baldomero Lillo y de Emilio Zola y su inmortal *Germinal* y también los brujos de Chiloe, representados por el poeta y novelista Edeasio Alvarado (1926-

Punto Final 499 (22.6.2001)

5852 f9

Santiago, junio del 2001 19



ENTRADA a la antigua mina Carrile en Lota.

1981), autor de *El maldito de la caldera* y otros tomos que han fijado su nombre en la producción chilena.

Pero Lota no era sólo un escenario para hablar de literatura. Su corazón estaba constituido por las minas de carbón, y quienes iban a la ciudad minera, se calificaban muy pronto entre los que bajaron a la mina y quienes se quedaron en la superficie. Un día fueron invitados el crítico literario Hernán Díaz Arrieta, Alone, y los prosistas Luis Durand y González Vera. Bate último autor de *Algunos*, se limitó a conversar intensamente con Alone y de allí salieron algunos de las páginas más céntricas del autor del tomo aludido. Durand, en cambio, con la astucia propia del campesino, no olvidó que descendía 600 metros bajo el océano y a pesar de que estuvo muy contenido durante la aventura, se oyeron gritos en la noche salidos de una pesadilla.

En nuestro trayecto por los frentes subterráneos nos guiaba Santos Galindo, inolvidable personaje, minero clásico de Lota que, según nos confesó, no pudo habituarse a ningún otro mineral de nuestra tierra. Bajamos a la mina con los escritores Enrique Lafourcade y Edeasio Alvarado y los periodistas Ricardo Raza y Waldo Yáñez, reportero gráfico. La simpática Irene Geis, directora de la revista *Siete días*, no pudo descender en virtud de la superstición minera de que ninguna mujer puede introducirse en una mina, sin riesgo de que sucedan mortales accidentes. Acaso esta vieja y casi universal creencia determina que el minero no cambie su duro oficio y que en medio de las sombras de la mina se sienta a sus anchas, lejos de la mirada de Dios y las peticiones y mandatos de la mujer. Pero esto ya sería hilar muy delgado. La mina es un ambiente sombrío y ríco, cuyos tramos se iluminan por los focos de luz que el minero lleva en su casco, entre muros de tosca que de improviso pueden derrumbarse y con explosiones y combustiones siempre posibles.

Recuerdo que en nuestro lejano viaje a la Isla de Pascua, allá por el año 1954, nos anunció el jefe de la expedición que al día siguiente iríamos al leprovisorio, invitación que aceptamos al instante, recordando a los leprosarios bíblicos que iban con una campanilla, haciendo huir a los seres sanos. Es claro que la impresión directa fue muy distinta, mujeres de chombas cálidas y labios pintados, hombres con uniforme de servicio de la Marina, con muros y caras deformadas, no más que las de cualquier continental y en sitio aparte el horror de dos leprosarios crónicos: un hombre y una mujer. En nuestro también lejano viaje a Lota, la memoria se nos llenó con el recuerdo de ese gran trágico chileno que se llamó Baldomero Lillo, empleado de la pulpería de Lota, enfermo de tuberculosis y sus inmortales *fríos de Sub-Tierra* y *Sub-Sol*. La impresión en cambio no fue totalmente contrastada. Es cierto que se descendía en un moderno ascensor a doce metros por segundo, que se llega a unos túneles de cemento enlucidos por eucaliptas, que se avanza en un tren eléctrico sin otro cuidado que no tocar con la cabeza el cable de alta tensión, pero en seguida, al ingresar a los frentes, al caminar semi verticales o muy inclinados, al pisar un inseguro suelo de cascajo y tosca, al golpear la cabeza blindada con el techo de la galería, al atravesar espacios por puentes-cillos que no son más que dos varas de eucaliptas, se está de nuevo en el mundo de Baldomero Lillo. La modernización, el aire fresco que nos recibió cuando estamos más fatigados, el cepillo que recorta el muro de tosca y reduce el golpe de la picota, las correas de transmisión que llevan los carros con carbón antes arrastrados por caballos, no alcanzan a favorecer el ámbito de una mina de carbón. Sin embargo, los mineros cochen su pun muy tranquilos o posan para la cámara de Waldo Yáñez, iluminados por las luces de nuestros cascos, a fin de no provocar una explosión con la chispa del *flash*. Interrogo a uno y me dice que tiene 28 años, que hace diez que está en la mina, que su padre y su abuelo fueron mineros y que no cambia este trabajo por ningún otro. Era conservadores y tradicionales, vestían con ropa hecha con sacos harineros, debido a que el pañ lo hacía la mujer en la casa y algunos no venían de dinastía minera. Llegaron del campo del litoral cansados de mirar nuestro mar azul, de pescar truchas y arrancar erizos. Algunos de esa promoción murieron en el primer día de su ingreso, otros siguieron y se adaptaron al mundo subterráneo, convirtiéndolo en función y símbolo de lo que ha de ser el trabajo cotidiano; héroes de verdad, sin fama ni rapos-días.

LUIS MERINO REYES

Literatura en las minas del carbón [artículo] Luis Merino Reyes

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Literatura en las minas del carbón [artículo] Luis Merino Reyes

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile